

pobampo y cerros inmediatos; al Teniente Clemente Patiño con 25 caballos del Cuadro y cinco paisanos de los presentados, salió rumbo al Puerto del Bacatete y llano del Agua Caliente.—La Sección del Mayor Arévalo regresó con ochenta y tantos presentados, entre hombres y familias; la de Patiño regresó trayéndome la noticia que por el camino de Buenavista seguía una huella de cinco caballos, una mula y seis de á pié, asegurándome Romero, Comandante de Cajeme, que formaba parte de la expedición, que la huella mencionada era del Cajeme, el Ziquili, Güi, Chico Masolero y un mozo.—En vista de esta noticia, organicé una Sección ligera de caballería compuesta de veinte dragones del Cuadro con dos Alféreces, cinco Nacionales con un Subteniente y cuatro paisanos con Antonio Romero; esta Sección á las órdenes del Teniente Patiño y con órdenes para seguir las huellas indicadas á donde quiera que fueran, dando cuenta del rumbo que lleve en persecución del cabecilla Cajeme y socios. Esta Sección salió en la madrugada del 20.—Este mismo día regresaron las expediciones del Teniente Coronel Valle y Mayor Zapata, trayendo la primera 60 indígenas entre hombres y familias presentadas, y la segunda 33 presentados y un prisionero.—Desde que me sitúe en el punto mencionado, todos los días estuvieron presentándose varias partidas de indios, entre los cuales figuran los Gobernadores de Belem y Raun, dando un total de 500 á 600 indígenas de ambos sexos.—Ayer mismo dispuse que las columnas nombradas ya, del Teniente Coronel Valle y Mayor Zapata, quedaran en el punto de que he hecho mérito, é hicieran pequeñas excursiones en las cercanías, á la vez que esperaban la llegada de otros comisionados que deben llegar hoy con familias mandando las que reunan hoy con 50 hombres, y con el resto hagan una expedición á la Sierra Chica, bajando ambas partidas al Guájare, y de allí á este punto. Yo, con el resto de la caballería y con 63 hombres del 6º, emprendí mi marcha á éste, quedándose el Mayor Arévalo con su fuerza en la Pitahaya, y con el número de indígenas antes citados que se conducen á este campamento para lo que Ud. tenga á bien disponer.—Esta expedición que Ud. tuvo á bien confiarme, no parece sino que sirvió á los indios rebeldes de garantías al amparo que les ofrecemos, pues apenas acampó mi fuerza en sus terrenos, sin desconfianza se sometió su gran mayoría á la obediencia del Gobierno, dejando ver que solo el temor que les inspira el cabecilla por quien se sacrifican, pudo retardarla; teniendo yo la creencia, en vista de todo lo expuesto, que la paz será un hecho en estos ríos, por lo cual me es grato felicitar á Ud., al General en Jefe de la Zona y al Supremo Gobierno, que tan eficazmente atiende al bien general.—Tengo el honor de insertarlo á Ud. para su conocimiento, haciéndole presente mi subordinación y respeto.—Libertad y Constitución. Cócorit, Enero 9 de 1887.—El General en Jefe, *Angel Martínez*.—Al General Secretario de Guerra y Marina.—México.

**Indios sometidos y prisioneros.**

Al finalizar este año de 1886, se habían presentado, sometiéndose gran número de indígenas como se expresa en seguida, los cuales estaban alimentados por los Gobiernos Federal y del Estado:

De los pueblos del Mayo.....	1,683.
De los pueblos del Yaquí.....	3,984.
TOTAL.....	5,667.

De los cabecillas, Gobernadores y Capitanes de los pueblos, y otros indios de importancia, unos se habían sometido y otros se encontraban huyendo. Los presentados eran 33.

**Armas entregadas.**

Habían entregado los sometidos, las armas de fuego de diversos sistemas y calibres que abajo se expresan:

Nuevas.....	1.
De servicio.....	84.
De reparación.....	55.
SUMA.....	140.

Se ve pues, que numerosas armas de fuego quedaban en poder de los indios Yaquis y Mayos, de las cuales, unas las tenían los que permanecían sublevados, y las demás las habían escondido en los pueblos, montes y sierras. Era éste un mal, pero no podía remediarse por entonces.

**Estado de los indios al finalizar el año de 1886.**

Como se acaba de leer por los partes que en extracto ó detalladamente se han consignado, la campaña fué activísima en el año de 1886, y la situación de los indios en los últimos meses no podía ser más angustiosa. El Sr. Dr. Fortunato Hernández, en un cuaderno de apuntes que presentó á la Secretaría de Guerra, referentes á la guerra del Yaquí en esa fecha, resume muy bien la situación de los indios en los últimos meses de 1886, cuyo resumen es exacto y de conformidad con los numerosos partes é informes detallados de los Jefes de nuestras fuerzas. De los citados apuntes copiamos los párrafos que siguen, advirtiendo, que si no hacemos constar todos los informes generales que hemos dicho, es por su extensión y gran número, y porque el Sr. Dr. Hernández dá en su extracto las noticias necesarias que están de acuerdo con lo que acabamos de decir en detalle del referido año de 1886, y permite, pronto y fácilmente hacerse cargo de aquella situación.

“En el Yaqui había sido y continuaba siendo tan activa y tan terrible la persecución contra aquella heroica tribu, que los grupos de ella que aun se conservaban armados, no pudiendo una vez más sostenerse en las márgenes del río, repitieron la operación de volver á la Sierra del Bacatete, con la esperanza de encontrar un refugio más seguro en la montaña y poder proveerse de alimento ejecutando algunas salidas, ora por el Valle de Guaymas, ora por los ranchos situados al Norte de la cordillera.”

“No mejoró en la Sierra la situación de aquellos desgraciados, pues además del hambre, tenían que sufrir un invierno riguroso sin tener ni harapos para cubrirse. Acosados por la más apremiante de todas las necesidades, salieron de la Sierra la noche del 6 de Diciembre más de 200 indios, llegaron á la pequeña Hacienda de la Jaimea y se llevaron como 100 fanegas de maíz y 40 bueyes, recurso precioso para ellos en aquella circunstancia. Bien caro lo pagaron, por cierto: el piquete del 11º Regimiento que estaba en la Misa, y algunos vecinos de esta Hacienda los persiguieron inmediatamente, los alcanzaron ya internándose en la Sierra, y les hicieron siete muertos. No fué esto todo, pues en seguida la misma fuerza del 11º y 30 hombres del Estado que

mandaba el Capitán Ignacio Ramos, emprendieron una persecución por la Sierra, y en diversos tiroteos mataron 38 indios y recogieron algunas armas y animales.”

“Además, el General Otero, por la parte de la cordillera, batió varias partidas de Yaquis haciéndoles 17 muertos.”

“Las miserias que sufría la tribu, habían llegado al último grado de exasperación. Sin haber podido sembrar, porque la campaña no se los permitió, consumidos ya los ganados de una manera completa, y sin poder proveerse de alimentos en ninguna parte, los indios se morían de hambre. Sin ropa para abrigarse, sin habitaciones, obligados á huir siempre, y en medio de un invierno riguroso, sufrían horriblemente por el frío. Era una fortuna para ellos encontrar un campo de bledos, tener tiempo para recoger la semilla, y hacer con ella un alimento grosero é insuficiente que comían con avidéz. El bleado que es un mal forraje para las bestias, era para los indios un regalo. Para escaparse del frío por la noche, sin hacer fuego que los descubriera al enemigo, hacían excavaciones en el suelo, y se metían en ellas. Así, medio sepultados, escapaban siquiera del viento helado de la noche.”

“Muchísimos eran los que habían muerto en la guerra, y sin duda eran todavía más, los que habían perecido por el hambre, el frío y la viruela.”

“Varios de los Jefes habían muerto, entre otros los Gobernadores de Bámucum y de Vícam, el suegro de Cajeme y el Jefe de la caballería Yaqui, Luis Miranda. Los que aun quedaban no tenían más perspectiva que una muerte segura á manos de las fuerzas perseguidoras ó por el rigor de la miseria, ó bien someterse.”

“Los indios comprendían perfectamente bien esta situación, como que veían todos los días los estragos de ella, y aun los más obstinados insistían aún en llevar adelante una defensa imposible, muchos de ellos comenzaron á presentarse en los campamentos pidiendo la paz. En Diciembre se presentaron en Cócorit, de una sola vez, más de 100 guerreros armados y otros muchos sin armas. Con estos indios que se presentaban y los prisioneros que se cogían, era muy considerable la cantidad que había en los campamentos; solamente en Cócorit se contaban más de 4,000. La situación en que llegaban á la presencia de las fuerzas, era conmovedora en extremo. Pálidos, descarnados, hambrientos y desnudos, parecían espectros que acababan de dejar la tumba. Los soldados y los Jefes los veían con lástima, les daban de comer y era ya tal la falta de costumbre de alimentarse, que muchos de aquellos infelices que devoraban con avidéz cuanto les daban, morían en seguida de haber comido. Así, era necesario cuidarlos, dándoles los alimentos con precaución, para nutrirlos poco á poco. Sin embargo de aquella miseria tan grande, nunca se les oía proferir una queja, y la soportaban con verdadero orgullo. La soberbia de aquella raza altiva no se doblegaba ni ante aquel infortunio sin ejemplo. La gran mayoría de la tribu, creyendo ignominioso el acercarse al vencedor para deberle su alimento, había preferido, ó salir clandestinamente de la Sierra y del río para venir á las haciendas y poblaciones del interior á buscar la vida con su trabajo ó seguir defendiéndose en los bosques. Se vieron por entonces en Guaymas, en Hermosillo y otros lugares, muchos indios extenuados por la miseria, hambrientos, casi sin poderse sostener, buscando que comer al amparo de los de su raza que viven constantemente en dichas poblaciones.”

“El Cuartel General de la Zona y demás Jefes del Ejército, hacían los mayores esfuerzos para poder alimentar á aquella multitud hambrienta y se consiguió que el Gobierno General mandara abonar 10 centavos diarios para cada indio; pero como esto, aunque era un alivio, no era suficiente para mantenerlos, el Gobierno del Estado tenía, por su parte, que estar remitiendo constantemente al Yaqui, subsistencias para aquellos desgraciados, y manta para cubrir su desnudez. El Gobernador Torres promovió en el comercio de Guaymas una subscripción en favor de los indios, y logró reunir 2,000 pesos, suma

que se invirtió por una Junta de Comerciantes nombrada para ese fin, en remitir á los Yaquis sometidos en los campamentos, algunos víveres, y ropa que mucho les sirvieron en su posición.”

“La guerra, evidentemente estaba concluída con el aniquilamiento de los indios, pero como el General Martínez conocía la tenacidad de éstos, y Cajeme aún permanecía entre ellos, comprendió que era necesario no dejar un solo grupo de Yaquis lejos de la vigilancia de las fuerzas, porque en la primera oportunidad que se les presentara, podían de nuevo empuñar las armas y prolongar la lucha. Las márgenes del Yaqui, fuera de los campamentos, estaban desiertas; por ninguna parte se podía encontrar un solo indio, á no ser los que estaban sometidos ó prisioneros; era necesario buscar, donde quiera que estuviera el resto de la tribu, reunirla donde pudiera estar vigilada, y hacerle comprender que no se trataba de su exterminio. Muchos eran los indios que se habían refugiado en Guaymas, Hermosillo y las haciendas agrícolas de ambos Distritos; muchos eran también los que había en los campamentos, pero no eran todos, faltaban tal vez los más guerreros, los más obstinados, y, sobre todo, Cajeme y varios de sus más importantes lugar-Tenientes, que mientras no fueran aprehendidos constituían un serio amago á la tranquilidad de los ríos. El General Martínez tuvo noticias de que en las Islas del Siari y de Lobos, muy cerca de la costa del Golfo de Cortés, se habían refugiado muchos indios con algunos cabecillas, y entre ellos Cajeme, y dispuso hacer una expedición á ambos lugares. El 25 de Diciembre envió el vapor Nacional “Demócrata” con algunas fuerzas y el 28 lo siguió el “Korrigan” vaporcito de la Compañía Minera del Boleo en la Baja California. El Coronel Rincón había recibido orden de marchar por tierra y reunirse en el Siari con el Coronel Torres, pues la faja de agua que separa aquella Isla de la tierra, es vadeable en las bajas mareas. El Coronel Torres, logró desembarcar en ella, recogió algunos indios y los condujo á bordo del “Demócrata;” desembarcó asimismo en otra Isla llamada El Piano, y recogió allí otros indios.”

“El General Martínez hizo igual operación en la Isla de Lobos, reuniendo en junto una cantidad como de 400 indios. Casi al mismo tiempo que se practicaban estas operaciones, el General Hernández emprendió una expedición sobre la Sierra, y tuvo la fortuna de que se le presentara una multitud, como de 1,000 Yaquis á quienes trasladó al Médano. Cajeme estaba en el Bacatete con una escolta, y cuando iba á ser aprehendido se defendió y logró huir.”

Las operaciones que se han expresado, fueron las últimas de la campaña, la cual terminó con el año de 1886. Los indios estaban dominados, y el objeto de la guerra: la pacificación de las tribus, se había obtenido por la fuerza de las armas y no por la persuasión, es cierto; pero de todos modos, los indios estaban sometidos, habían terminado como entidad independiente y ya éste era el principio de una obra grandiosa y humanitaria: su civilización é incorporación á la masa común entre los ciudadanos de la República. Es verdad que Cajeme y otros Jefes temibles habían logrado escapar; pero no lo es menos que andaban huyendo ó estaban escondidos, con las manos atadas, sin elementos para renovar la lucha, cansados por la defensa heroica que habían hecho, y apenas podían substraerse á la persecución que por todas partes se les hacía.

#### Fatigas de nuestras tropas.

Preciso es hablar de las dificultades que tuvieron que vencer las tropas en esta campaña, y de sus sufrimientos. En efecto, las largas y constantes marchas que se hacían sin interrupción, muchas veces bajo un sol abrasador que producía numerosas insolaciones; la falta de agua; el frío en invierno, sin tener donde guarecerse y sin poder encender fuego para calentarse para no ser

vistos por los sublevados; las marchas por tupidos bosques muy conocidos de los indios, y en que sin cesar eran tiroteadas nuestras fuerzas á cortas distancias sin lograr ver á los enemigos que se ocultaban y luego escapaban fácilmente; la dificultad para llevar los víveres, pues las mulas que los cargaban eran muertas por los disparos de los indios á quienes no podían descubrirse; la imposibilidad, la mayor parte de las veces, de poderse desplegar las tropas, pues lo espeso de los bosques y malezas y las plantas espinosas lo impedían, siendo necesario marchar en grandes espacios á la desfilada por veredas muy angostas y por lugares desconocidos; la extraordinaria movilidad de los indios, su resistencia para poder hacer largas jornadas sin comer, su facilidad para dispersarse y volverse á reunir prontamente y donde menos se esperaba; la necesidad de marchar á pié los Jefes y Oficiales á causa de los malos caminos y porque á caballo eran cazados por los indios; y en fin, la eterna vigilancia para no ser sorprendidos, pues la actividad de los sublevados y su atrevimiento eran constantes de día y de noche; todo esto causaba fatigas enormes á los soldados y á los Oficiales. Así pues, esta campaña fué difícil y de muy grandes sufrimientos.

**Año de 1887.—Sumario.—Actividad de las operaciones contra los restos de los sublevados.—Captura de Cajeme y su muerte.—Se cree terminada la guerra y se retiran la mayor parte de las fuerzas del Yaqui.—Nuevo levantamiento de indios en el mes de Junio, y sus depredaciones.—Juan Maldonado (a) Tetabiate, sucesor de Cajeme.—Cambio del sistema de guerra por los indios.—Los indios son batidos, haciéndoles una persecución incesante.—Apertura de canales en el Yaqui y subdivisión y reparto de terrenos á los indios.**

Como se acaba de decir, la guerra se tenía como terminada con el aniquilamiento de las tribus sublevadas, con la presentación y sometimiento de miles de indígenas, y con la muerte de muchos de sus principales Gobernadores. Pero faltaba aún la captura de Cajeme y algunos de sus segundos, sin lo cual, la guerra, aunque era solamente contra pocas y pequeñas partidas, podía volver á ser general, si se dejaba á ese cabecilla permanecer en el Yaqui y en la Sierra. En consecuencia se multiplicaron las columnas, haciéndolas recorrer, no sólo todos los bosques del río y la Sierra, sino aun los lugares que rodeaban esa Zona.

Perseguido así Cajeme tanto en las márgenes del río, como en la montaña, no pudo permanecer en esos lugares, donde varias veces estuvo expuesto á caer prisionero, y por lo tanto fué á ocultarse á San José de Guaymas en la casa de Galaz. Desde principios de Febrero estuvo allí escondido, hasta el 11 de Abril en que fué denunciado por una india á D. Salvador Armenta, Administrador de Rentas de Guaymas; éste lo participó al Gobernador D. Luis E. Torres que se hallaba en Nogales, el cual en el acto volvió á Guaymas y lo comunicó al General Martínez. Recibida la noticia, este Jefe, con una pequeña escolta marchó violentamente á San José de Guaymas el día 12, y aprehendió á Cajeme, que pretendía defenderse, y á quien se le trasladó á Guaymas el 21 en

el vapor "Demócrata." El 22 lo enviaron al río Yaqui, rumbo á Cócorit, y el 25, habiéndose fugado en el punto llamado Las Tres Cruces, cerca de este lugar, se le persiguió é hizo fuego por la escolta, fué gravemente herido y murió pocas horas después.

Con la muerte de Cajeme se creyó en la completa pacificación del Yaqui, pero todos se engañaron. Los indios habían tenido muchos meses de descanso; á los miles de sometidos se les había mantenido y vestido por los Gobiernos Federal y del Estado; los demás que fueron á los pueblos y haciendas, se habían repuesto de su miseria y todos aprovecharon ese tiempo para prepararse de nuevo á la guerra. El General Martínez, no teniendo ya enemigo de importancia á quien perseguir, pues sólo había pocas y muy pequeñas partidas, retiró las fuerzas del Yaqui para reponerlas, no dejando más que algunos destacamentos en los puntos más importantes. Todo hacía creer en la perfecta pacificación, puesto que la tranquilidad era completa; se podía viajar con seguridad en ambos ríos; ocurrían comerciantes á los pueblos; se establecieron de nuevo los ganados que se habían sacado durante la guerra, y comenzaban á hacerse las siembras.

En el mes de Junio, dos días después de la salida de la fuerza que estaba en Cócorit, los indios entraron á este pueblo, matando á cuantos encontraron en él, y después de un saqueo completo, lo incendiaron. Los Yaquis tenían nuevo Jefe, sucesor de Cajeme, y que era Juan Maldonado (alias) Tetabiate, el cual era secundado por Ignacio Güito, Chico Venadero y Chico Güi y otros antiguos Gobernadores. Todos estos indios levantados no pasaban de 400, pero aleccionados por la experiencia, no se presentaban en gruesas partidas, sino que evitaban el encuentro de las tropas, huían constantemente, ocultándose en los bosques, y seguían la marcha de ellas tiroteándolas, atacándolas de noche, y asesinando á todos los que lograban capturar.

Creyéndose que esta última sublevación de indios acabaría prontamente, el Gobierno General nombró una Comisión Científica con oficiales del Cuerpo de Estado Mayor, que primeramente á las órdenes del Coronel del mismo Agustín Díaz, y después á las del mismo empleo Angel García Peña, levantaron la carta del Yaqui, con objeto de repartir terrenos á los indios sometidos. Ya se había comenzado este levantamiento desde el año de 1881 por el mismo Coronel Díaz. La Comisión desempeñó muy bien su cometido, entre los peli-gros de esa guerra salvaje, en la que los indios cazaban á las tropas y no daban cuartel. La referida Comisión, no sólo fraccionó y repartió los terrenos del río, sino que construyó varios canales en ese año y en los subsecuentes, como se verá después cuando se haga la descripción de la Zona del Yaqui, que presentó á su tiempo el Coronel García Peña. Además de estos trabajos, se trazaron los pueblos del Yaqui de una manera regular y se llamaron colonos. Todo esto sin que la guerra hubiese cesado, ni en su actividad ni en sus crueldades en este año, y en los que siguieron.

Los partes oficiales de las acciones de guerra, movimientos de los indios y demás en este año de 1887, son los que se expresan á continuación.

#### Mes de Febrero (1887).

El General Otero dá parte con fecha 4 de Febrero, que con la fuerza que es á sus órdenes hizo un reconocimiento por las faldas de la Sierra del Bachoco el 31 de Enero y el 1º de Febrero con cuatro columnas, subió hasta las cumbres, sin encontrar enemigo, y sólo al día siguiente el Teniente Arce logró alcanzar el 2 una partida con la que se tiroteó, muriendo dos indios. Ese mismo día hizo otro reconocimiento por la misma Sierra y por la marisma del Buarage, donde no vió tampoco ningunos indios. El día 3 envió al Capitán Villarreal por Cocoraquito, Pisijoto y el Bateve, y alcanzó otro grupo de subleva-